MALAZ: EL IMPERIO

El regreso de la Guardia Carmesí

Ian C.

Esslemont

Traducción:
Marta García Martínez

MALAZ: EL IMPERIO
por Ian C. Esslemont

1. La noche de los cuchillos
2. El regreso de la Guardia Carmesí

PRÓXIMAMENTE
3. *Stonewielder*

MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS
por Steven Erikson

1. Los jardines de la Luna
2. Las puertas de la Casa de la Muerte
3. Memorias del hielo
4. Casa de Cadenas
5. Mareas de medianoche

PRÓXIMAMENTE
6. *The Bonehunters*

Título original: *Return of the Crimson Guard*
Primera edición

© Ian Cameron Esslemont, 2008

Ilustración de cubierta: Steve Stone
Mapas: Neil Gower

Derechos exclusivos de la edición en español:
© 2013, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-054-9 Depósito legal: M-7288-2013

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 6

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Esta novela está dedicada a la primera banda de
Winnipeg de la Treherne Room y a la segunda de Rick's Place.
Por todas esas tardes y noches puliendo el oficio.

Agradecimientos

Toda mi gratitud para Peter Crowther, que hizo posible esta obra; John Jarrold, que tanta fe ha dispensado; y Simon Taylor, cuyo aliento y bienvenida significó y sigue significando mucho más de lo que él cree.
Debo dar también las gracias a Bill Hunter y Chris, por las primeras lecturas que hicieron de esta obra.
Gerri, Conor, Ross y Callum: vosotros le dais sentido.

Dramatis Personae

EN UNTA

Alto mando imperial

Laseen, emperatriz
Puño supremo Anand, comandante del Cuarto Ejército malazano (Quon Tali)
Havva Gulen, nueva maga suprema imperial
Korbolo Dom, puño supremo y espada del Imperio
Zarigüeya, patrón de la Garra (los asesinos imperiales)
Mallick Rel, consejero y representante de la Asamblea

Guardia del puerto de Unta

Atelen Hojalatero, sargento de pelotón
Manos Rígidas, cabo de pelotón
Noche, saboteador de pelotón
Heuk, mago del cuadro
Dulce Muchacho, soldado
Menor, soldado mestizo, medio barghastiano

Otros en Unta

Anillo, líder de la Garra
Dama Batevari, zahorí, adivina de Darujhistan
Oryan, mago de Siete Ciudades, guardaespaldas de Mallick Rel
Taya Radok, bailarina, asesina de Darujhistan

EN LI HENG

Ejército malazano

Harmin Els D'Shil, capitán de la guarnición
Gujran, capitán de la guarnición
Banath, sargento de la guarnición
Barbecho, sanador de la guarnición

Pelotón de Storo Matash

Storo Matash, capitán de una compañía de saboteadores, veterano del Tercer Ejército
Nervioso, saboteador de primera

Arrojo, saboteadora
Risueño, saboteador
Seda, cabo de pelotón y mago del cuadro
Jalor, recluta de Siete Ciudades
Rell, recluta genabackeño

Civiles de Li Heng
Magistrado Ehrlann, miembro de la Corte Suprema de Magistrados
Jamaer, sirviente de Ehrlann
Magistrado Plengyllen, miembro de la Corte Suprema de Magistrados
Liss, maga de la ciudad
Ahl, mago de la ciudad (con sus hermanos Thal y Lar)

EN CAWN
Nevall Od'Orr, factor jefe de Cawn
Groten, guardaespaldas de Nevall

EN LAS LLANURAS SETI
Toc el Viejo, caudillo seti, perteneciente a la vieja guardia malazana
Salvaje, paladín seti, también conocido como Jabalí y Hierba de Bisonte
Imotan, chamán de la sociedad guerrera Chacal
Hipal, chamán de la sociedad guerrera Hurón
Capitán Musgo, capitán de la caballería malazana
Rojizo Piernarrota, atamán (cacique) de la asamblea del León de las Llanuras
Ortal, atamán (cacique) de la asamblea del Hurón Negro

EN LA FRONTERA WICKANA
Ejército malazano
Rillish Jal Keth, teniente del Cuarto Ejército Malazano
Acorde, sargento de la compañía
Talia, veterana malazana

Wickanos
Aguaclara, chamán wickano
Nada, hechicero wickano y veterano de las campañas en Siete Ciudades
Menos, bruja wickana y veterana de las campañas en Siete Ciudades
Melena, joven guerrera wickana
Udep, hetman (cacique) wickano

En el Pozo
Ho (Hothalar), mago de Li Heng
Yathengar 'ul Amal, sacerdote de Siete Ciudades (falari)
Sessin, guardaespaldas de Yathengar
Dolor, un nuevo prisionero
Regalo, un nuevo prisionero

Devaleth, bruja del mar korelana y nueva prisionera
Su, bruja wickana

EN LA PROVINCIA DE QUON TALI
Ghelel Rhik Tayliin, duquesa y último miembro superviviente del linaje Tayliin
Ameron, vieja guardia malazana, antiguo comandante de los espolones
Choss, vieja guardia malazana, antiguo puño supremo
Marqués Jhardin, comandante de los Centinelas de la Frontera
Preboste Razala, capitán de la caballería
Molk, agente de Ameron

LA GUARDIA CARMESÍ
Supervivientes llamados «juramentados»

K'azz D'Avore, comandante, conocido por varios títulos

Primera compañía
Despellejador, capitán
Mara, maga de la compañía
Gwynn, mago de la compañía
Pétalo, mago de la compañía
Kalt, teniente
Farese
Hist
Shijel
Negro el Menor

Segunda compañía
Trémula, capitán
Cogulla, mago supremo y patrón de asesinos (de los velos)
Joroba, maestro de asedios de la Guardia
Humo, mago de la compañía
Shellarr, también llamada Shell, maga de la compañía
Penas, mago de la compañía y espadachín consumado
Dedos, mago de la compañía
Ópalo, maga de la compañía
Isha, asesina de la compañía. Velo
Keitil, asesino de la compañía. Velo
Cole
Regalo
Lerdo
Junco
Amatt
Sept
Lazar

Mediodan
Magra
Inese
Turgal

Tercera compañía
Tarkhan, capitán y asesino de la compañía. Velo
Lor-sinn, maga de la compañía
Amargo, mago de la compañía
Toby, mago de la compañía
Balkin, mago de la compañía
Encaje, asesino de la compañía. Velo
Negro
Panadero
Janeth
Pizarra
Emparrado
Afortunado

Cuarta compañía
Cal-Brinn, capitán y mago de la compañía
Barras de Hierro
Jup Alat

Primera quinta (reclutas)
Sargento Zanja
Corlo
Voss
Ambrosio
Palla

Segunda quinta
Lurgman Parsell, o Sinuoso
Jaris
Peregrino
Ogilvy
Bakar
Tolt
Dócil
Harman
Grere
Geddin
Cápsula

Tercera quinta
Acecho
Malas Tierras
Fochas
Kyle

DE LA LIGA TALIANA
Urko Costra, comandante de las fuerzas de Falar, de la vieja guardia, también conocido como Añicos
V'thell, comandante de las fuerzas moranthianas doradas
Choss, comandante de las fuerzas talianas, de la vieja guardia
Toc el Viejo, caudillo seti, de la vieja guardia
Ameron, jefe del Cuerpo de Información, de la vieja guardia
Ullen Khadeve, capitán general y jefe del estado mayor de Urko, de la vieja guardia
Bala Jesselt, maga del cuadro, de la vieja guardia
Eselen Tonley, capitán de la caballería falari
Orlat Kepten, capitán de las fuerzas talianas, de la vieja guardia

OTROS
Liossercal, ascendiente, llamado hijo de la Luz, también conocido como Osserc, Osric
Anomandaris, ascendiente, llamado hijo de la Oscuridad
Jhest Golanjar, mago jacuruku
Shen, hechicero
Tayschrenn, mago supremo imperial
D'Ebbin, comandante malazano del Cuarto Ejército, puño
Diente Bravo, sargento mayor del mando malazano
Temp, sargento mayor del mando malazano
Flor, oficial de los moranthianos dorados
Turmalín, sargento de infantería de los moranthianos dorados
Cartheron Costra, capitán del Tapón de Trapo, se rumorea que es de la vieja guardia
Denuth, ancestral, entre los primogénitos de madre Tierra
Draconus, dios ancestral
Ereko, nómada antiguo
Melena Gris, antiguo puño malazano, ahora un proscrito
Lim Tal, antigua guardia privada de un noble de Unta
Viajero, nómada de ascendencia mestiza de Dal Hon y Quon
Trapero/Haraposdemalion, nómada de la senda Imperial

Esta, la primera de las guerras, fue un paroxismo durante un periodo sin medida. Luz eterna arrojada pero disipada, y Noche eterna retirada pero asfixiada. Así, los dos combatientes se enzarzaron en un viraje siempre creciente de creación y destrucción eterna. Surgió un sinfín de paladines de ambas Casas que batieron la faz de la creación con su potencia, y solo para ir cayendo uno a uno, sus nombres ya perdidos en la memoria de los tiempos.

Y entonces, en lo que algunos llamaron el diezmilésimo giro de la propagada espiral de los dos anfitriones, se acercó al borde del trémulo telón de la batalla uno desconocido para ambas Casas y él reprobó a los combatientes.

—¿Quién eres tú para hablar de ese modo? —preguntó aquel que llegaría a ser conocido como Draconus.

—Uno que se ha movido por el vacío lo suficiente para saber que esto nunca terminará.

—Se ha dispuesto —respondió un paladín de Luz, Liossercal—. Siempre debe uno alzarse, el otro caer.

Desdeñoso, el recién llegado apartó a los oponentes de un empujón.

—¡Entonces, acordad que así sea y dadlo por concluido!

Y así ambas Casas cayeron sobre el desconocido y lo desgarraron en un sinfín de fragmentos.

Así fue como nació Sombra y la primera gran partición terminó.

Fragmento del mito
Compendio original, Manto

Prólogo

La edad Ancestral
Tiempo sin medida

La erupción había herido al mundo. Denuth, hijo de la Tierra, fue el primero en penetrar por las cortinas de cenizas acumuladas y llegar así al cráter. Un agua humeante del color de la pizarra se acumulaba en el centro de una cuenca de varias leguas de anchura. Una pendiente de roca irregular y desnuda llevaba a la orilla silenciosa. Todo estaba en calma, cubierto por una nevada de ceniza. Pero un pequeño movimiento captó su atención y se abrió camino hasta el borde del agua para hallar una entidad de apariencia muy similar a la suya, con dos piernas y dos brazos, pero acuchillada y socavada por feroces heridas abiertas. La sangre era una corteza negra sobre el ente y oscurecía las aguas que lo rodeaban.

Con suavidad, Denuth giró al ser y solo para sobresaltarse, asombrado.

—¡Liossercal! ¡Primogénito del padre! ¿Quién fue el que te atacó?

Una sonrisa salvaje de colmillos despuntados.

—Nadie. Mejor pregunta a quién ataqué yo. ¿No hay otros?

—Nadie que yo viera.

La sonrisa se sesgó, convertida en un ceño salvaje.

—Todos consumidos, entonces. Se los ha llevado el estallido.

—¿Estallido? —Denuth entrecerró los ojos, que clavó en aquel poder ajeno. Sí, ajeno, ¿pues quién podría desentrañar la mente de uno nacido con la primera erupción de Luz?—. ¿Qué ha ocurrido aquí, con exactitud?

Liossercal se desprendió con una mueca de dolor de las manos de Denuth. Se sentó encorvado, rodeándose con fuerza los brazos como si quisiera sujetarse el cuerpo. La sangre espesa y oscura brotó de nuevo de las laceraciones más profundas.

—Un experimento. Un intento. Un asalto. Llámalo como quieras.

—¿Un asalto? ¿Contra qué? Aquí no había nada, salvo… —La voz de Denuth se fue apagando en la quietud del agua asfixiada por las cenizas—. ¡Que la Madre nos proteja! ¡Un azath! —Miró a su alrededor y asimiló el tamaño del inmenso cráter, intentó comprender la magnitud de la calamidad. *¡Nos ha dolido a todos!*—. ¡Idiota! ¿No te paras ante nada en tu búsqueda?

La pálida cabeza se alzó, había fuego en los ojos ambarinos.

—Hago lo que me place.

Denuth se encogió. *Así es. Y ahí estaba entonces el dilema. Algo ha de hacerse con estos antiguos poderes antes de que sus antagonismos y ambiciones sin límites*

destruyan todo orden una vez más. La solución de Draconus horroriza; sin embargo, ahora casi podría entender tales… exigencias. Después de todo, ¿no era la cautividad eterna preferible a semejante potencial de destrucción?

Liossercal se levantó con esfuerzo, rígido, siseando por el dolor de sus muchas heridas, y se apoderó de Denuth una terrible tentación. Nunca antes había sabido que esa entidad pudiera hallarse en un momento tan vulnerable, tan débil. Soletaken, eleint, ¿qué eran tales etiquetas ante ese poder que quizá hubiera atravesado la Luz antes de conocer la Oscuridad? Sin embargo, era obvio que en ese momento estaba herido casi hasta el punto de expirar. ¿Debería actuar ya? ¿Tendría alguien oportunidad semejante de nuevo? Como si siguiera el curso de los pensamientos del hijo de la Tierra, Liossercal sonrió, los caninos sobresalientes más prominentes que nunca.

—No te dejes tentar, Denuth. Draconus es imbécil. Sus conclusiones tienen fallos. La rigidez no es la respuesta.

—¿Y cuál es, entonces?

Una mueca dolorida, unos dedos sondearon con suavidad una laceración profunda en una mejilla.

—Estaba examinando alternativas.

—Examina en otra parte.

Un destello de rabia pura, contenida.

—Bien asimilado, hijo de la Tierra. Viene, ¿no es cierto?

—Cierto es. Y trae su respuesta con él.

—Será mejor que me vaya.

—Desde luego.

Liossercal alzó los brazos de repente, su perfil se desdibujó, cambió de apariencia, pero ahogó un grito en plena transformación, rugió de dolor y se derrumbó en la orilla. Una forma de dragón de plata y oro se retorció sobre las rocas quebradizas ante Denuth, que retrocedió a toda prisa. Los peñascos se estrellaron en el lago cuando las alas desgarradas se afanaron en volar. Al final, vacilante, la enorme masa se alzó y se alejó serpenteando con pesadez. Su larga cola abrió un camino de siseos por las aguas humeantes del cráter.

Denuth permaneció allí, inmóvil. Unas olas pequeñas cruzaron el agua límpida y lamieron la orilla sin ruido. La nevada de cenizas pintó el apagado basalto negro de sus hombros y brazos. Después, unos pasos crujieron sobre la roca rota y sintió una oscuridad fría y cortante a su lado, como la del vacío que se decía que moraba entre las estrellas. Sin volver la cara, Denuth se inclinó.

—Consorte de Oscuridad y monarca protector de la noche. Draconus. Saludos.

—Consorte ya no —dijo una voz seca y áspera—. Y eso de monarca protector ya hace mucho que lo han desafiado. Pero te lo agradezco de todos modos.

Rígido, Denuth se negó a girar la mirada para contemplar a aquel antiguo y potente ser y la igual de alarmante oscuridad que traía a su lado. ¿Cuántos habían desaparecido en ese vacío, y qué horrendo aspecto tomaría su forja definitiva? Tales extremas medidas todavía lo asqueaban.

—Y bien —dijo Draconus sin aliento—. El mismísimo bastardo de Luz. Y debilitado. Su esencia será una gran añadidura.

Aquello que Denuth tomaba por alma se estremeció en su interior.

—Él no es para ti.

Una mirada fría. Denuth se recomendó no mirar.

Tras un momento:

—¿Es esto un presagio… de ella?

—Mi propia y pequeña habilidad. Sospecho que es posible que ese un día encuentre lo que busca.

—¿Y eso es?

—Lo que todos buscamos. La unión con el todo.

Pasó el tiempo. Denuth percibió una consideración cuidadosa en la entidad que permanecía a su lado. Oyó las bastas escamas, que no eran de metal, enganchándose y rozando cuando se cruzaron los brazos cubiertos por la armadura. Una exhalación pensativa y lenta.

—No obstante, yo continuaré. Después de todo, ofrezco mi propia versión de la unión… ¿no es cierto?

Tu perversión de la misma. Pero Denuth no dijo nada; sabía que transitaba por una delicada línea con ese poder que podía llevárselo si así lo deseaba. Solo cierta reticencia a contrariar a su progenitora, madre de todos los que proceden de la Tierra, contenía la mano de aquel antiguo.

—Quizá Anomandaris… —empezó a decir Denuth.

—No me hables de ese advenedizo —contestó Draconus entre dientes—. Muy pronto meteré a ese en cintura.

Y yo espero no estar cerca cuando eso suceda…

El poder se removió y descruzó los brazos.

—Muy bien, hijo de la Tierra. Te dejo con tus… eh, contemplaciones. Una manifestación alarmante de la existencia, este mundo. Todo es cambio y flujo. Pero hallo en él una extraña atracción. Quizá me quede un tiempo aquí. —Tal perspectiva hizo que las manos de piedra de Denuth se machacaran al apretarse.

Al final, tras no cruzarse más palabras, la noche fría que adormecía el alma se envolvió en sí misma y giró, y Denuth se encontró de nuevo solo en la inhóspita orilla. Se le ocurrió que la paz eludiría a todos siempre que entidades como aquella vagaran por la faz del mundo dedicadas a sus odios y enemistades de eras de antigüedad, a sus ambiciones sin freno. Quizá una vez que el último se hubiera retirado y sumido en un sopor ininterrumpido, (como tantos han hecho, o los que han sido asesinados o enterrados), quizá solo entonces llegaría la armonía para aquellos que pudieran recorrer las tierras en tan lejanos tiempos.

O quizá no. Denuth tenía sus dudas. Si algo había aprendido de observar esas luchas era que siempre surgían nuevas generaciones para ser siervos de los prejuicios y objetivos de las anteriores. Una triste premonición del futuro. Se sentó en la orilla y cruzó las piernas, un montón de rocas no muy diferente de los destrozos rotos y amontonados que lo rodeaban. Esa riña interminable de todos contra todos

lo agotaba. ¿Por qué debían competir así? ¿Era en verdad no más que mezquindad y sinrazones infantiles como sugiere Kilmandaros? Se plantearía lo que haría falta para poner fin a esos ciclos eternos de violencia. Y lo consultaría con madre. Imaginó que llevaría algún tiempo encontrar la respuesta. Si es que la había.

Libro primero

Fin de la diáspora

1

Los sabios dicen que igual que se hacen los juramentos, así también se cosechan. He descubierto que es una gran verdad.

Príncipe K'azz D'Avore
Fundador de la Guardia Carmesí

Las llanuras del Llanto
Subcontinente de Bael
Año 1165 del Sueño de Ascua
Decimoprimer año del reino de la emperatriz Laseen
Año 99 del Juramento de la Guardia Carmesí

Al borde de un tejado, una tiendecita palpitaba y se mecía bajo la fuerza de los golpes del viento. No era más que una capa de hule encerado levantada por un palo, apenas suficiente para defenderse de lo peor del embate de la lluvia. Bajo ella se sentaba un joven que entrecerraba los ojos para asomarse a las tinieblas crecientes de la tormenta y el crepúsculo. De vez en cuando vislumbraba las ruinas de los edificios circundantes destrozados por el asedio y, si miraba con mucha atención, podía distinguir en las alturas la silueta alzada de la Espuela.

Se preguntó qué sentido tenía estar de guardia si no se veía un carajo.

La Espuela se elevaba sola como una torre, a cientos de metros sobre las llanuras. Según la leyenda local, un antiguo poder la había levantado cuando el mundo todavía estaba en su infancia; quizá ese hechicero, Shen, que la ocupaba en ese momento. Kyle de eso no sabía nada. Solo sabía que la Guardia le había puesto asedio a la roca más de un año antes y todavía no había trazas de que fueran a tomarla. Más aún, él sabía que desde la fortaleza que había en su cima, Shen podía enfrentarse a todo el cuerpo de magos de la compañía y dejarlos bizcos y sin aliento. Tenía poder más que suficiente para hacerlo. *Y cuando se da una situación así*, le había dicho Joroba, *es hora de que los piqueros metamos las puñeteras narices.*

Joroba, saboteador y lo bastante viejo como para saber de qué iba el tema. En ese momento estaba abajo, en el sótano, empuñando un pico en su única mano. Y no estaba solo, con él trabajaba el resto de la Novena Espada junto con unos cuantos hombres más escogidos por el sargento Zanja. Todos ellos estaban machacando el suelo de piedra con martillos, almádenas y picos.

El viento lanzó una ráfaga de lluvia a la cara de Kyle, que se estremeció. En su opinión, lo más estúpido era que no se lo habían contado a nadie. *No queremos que nadie nos eclipse,* había dicho Joroba sonriendo como un imbécil. Claro que, todos habían sonreído como imbéciles cuando Acecho le había contado el plan a Zanja. Los otros confiaban en su conocimiento de la zona porque era de ese lado de las Profundidades del Buscador, como el propio Kyle. A Acecho lo habían reclutado unos años antes, durante el paso de la Guardia por esa región. Conocía los dialectos locales y estaba familiarizado con el saber popular de la zona. Kyle sabía que era lo que se esperaba de un explorador.

A él la Guardia se lo había comprado a una columna nabrajana de esclavos para que los guiara por las estepas. Pero él no conocía esas lenguas del sur. Más que hablar con los nabrajanos, su pueblo lo que hacía era atacarlos.

Kyle se ciñó mejor el manto. Ojalá también entendiera mejor la lengua nativa de la Guardia, el taliano. Cuando Joroba, Zanja y Acecho se habían sentado con las cabezas juntas, él, arrastrándose, se había acercado lo suficiente para oír sus susurros. Pero el dialecto que utilizaban era difícil de entender. Había tenido que dar vueltas y más vueltas a las palabras antes de que empezaran a cobrar sentido. Al parecer, Acecho había unido diferentes leyendas: la del antiguo ascendiente que se suponía que había levantado la Espuela y dado comienzo a una edad de oro, y el actual «reino de la Noche» con sus ruinas. Desde entonces él y los otros se habían metido bajo tierra para deshacer las paredes y el suelo de piedra, y seguro que Joroba no dejaba de murmurar sobre su maldito eclipse o lo que fuera. Kyle le susurró una corta plegaria a padre Viento, el espíritu que guiaba a su pueblo. Si eso funcionaba, Kyle se imaginaba que habría más eclipses parecidos, demasiados para su gusto.

Y luego estaba el asunto de las rivalidades y celos de la vieja guardia. Kyle no entendía nada, y eso que llevaba con la Guardia ya casi un año. Según la tradición de la Guardia, su Novena Espada era una de las que más historia tenía, la habían establecido un siglo antes y su primer comandante había sido una figura legendaria llamada Despellejador. Joroba concedía mucha importancia a esas leyendas. No había parado de pegar saltitos en su impaciencia por dar gato por liebre al cuerpo de magos de la Guardia y a sus velos encubiertos.

La lluvia caía con fuerza, entreverada de granizo. En el cielo oscurecido, las nubes caían y rodaban, pero algo llamó la atención de Kyle: movimiento. Unas formas borrosas se agazapaban entre el techo de nubes. Demonios alados invocados por Shen en la alta Espuela. Los rayos se retorcían con un brillo actínico a su alrededor, pero las formas descendían dibujando un círculo perezoso. Kyle escudriñó y los vio deslizarse por el cielo, las alas extendidas y el fuego en los ojos. El joven le rezó a Viento para que pasaran de largo.

Y entonces, como si una hoja invisible la hubiera eviscerado, la primera criatura explotó, abierta desde la barbilla a la ingle. Se disolvió en una nube de humo espeso y negro y sus compañeros chillaron, alarmados. Como uno solo, todos doblaron las alas y se volvieron hacia la fuente del ataque. Kyle murmuró otra plegaria, esa de agradecimiento. Cogulla debía de estar de guardia esa noche, solo el mago principal de la compañía podía haber lanzado un asalto tan fuerte.

A pesar de la batalla que se libraba en el cielo, Kyle bostezó y se estiró. La ropa húmeda se le pegaba a la piel y lo hacía temblar. Un año antes semejante demostración lo habría hecho ponerse a cubierto a toda prisa. Eran los peores relatos de su pueblo hechos realidad: diablos en la noche, hombres que empuñaban los poderes de un chamán, pero dirigidos al mal, hechiceros. En aquel entonces Kyle se encogía bajo tejados rotos. Pero tras tantos meses de duelos mágicos, el horror de esos combates se había desgastado por completo. Durante media campanada se mantuvieron los fuegos artificiales; fuegos artificiales, otra cosa con la que Kyle no se había encontrado jamás hasta su alistamiento forzoso en la Guardia. Y en ese momento, como si estuviera allí para distraerlo a él, observó un nimbo verde y rosa que oscilaba sobre un edificio en el distrito de los mercaderes. Los diablos se lanzaron en picado sobre las luces, con gritos ásperos, casi burlones, mientras atacaban. Uno por uno fueron desapareciendo, destruidos, desterrados o quizá habían regresado por voluntad propia al cielo oscuro. Y después no quedó nada salvo el siseo de la lluvia y el rumor bajo y constante del trueno que empezaba a adormecer a Kyle.

Unos pasos procedentes de la torre que había en la esquina del tejado lo hicieron darse la vuelta. Acecho había subido las escaleras. El casco cónico lo hacía parecer más alto, incluso elegante, con el cordón de seda trenzado que lo envolvía. No llevaba manto esa noche, en su lugar vestía la sobrevesta de un color carmesí oscuro sobre un camisote de cuero hervido y tachonado, y sus habituales mocasines de cuero que le llegaban a la rodilla. El hombre guiñó los ojos y olisqueó la lluvia. Bajo el bigote rubio crispó la boca en una semisonrisa perezosa. Las sonrisas de Acecho siempre ponían nervioso a Kyle. Quizá fuera porque la boca del tipo no parecía muy acostumbrada a ellas y sus brillantes ojos castaños jamás las compartían.

—Muy bien —anunció desde el refugio de las escaleras—. Estamos listos. Todo el mundo está abajo.

Kyle dejó que la capa levantada le cayera de la cabeza y trepó por las tejas rotas y los agujeros oscuros del tejado. Acecho ya había empezado a bajar por la escalera de caracol, así que Kyle lo siguió. Estaban a medio camino cuando al chico se le ocurrió que cuando Acecho había sonreído, estaba mirando con los ojos entrecerrados la Espuela.

El sótano no era más que una gruta con el techo abovedado. Había unos hombres armados y con armadura allí, codo con codo. Eran unos treinta. Kyle reconoció a menos de la mitad. De algunos salía vapor, que se mezclaba con el humo lleno de hollín de antorchas y faroles. La bruma llenó de lágrimas los ojos de Kyle. Se los frotó con el dorso de la mano y tosió con fuerza.

Habían abierto un agujero en los bloques lisos del suelo y por él Kyle vio unos escalones que descendían. Una gota fría le cayó del pelo y le recorrió el cuello; sintió un escalofrío. Todo el mundo parecía estar esperando. Cambió de postura con los pies mojados y se tapó la boca con la mano para toser. Muy cerca de él, un hombre con unos hombros muy anchos hablaba en voz baja con el sargento Zanja. Después se volvió hacia Kyle. Con un pequeño sobresalto, Kyle reconoció la nariz aplastada, la boca pesada, los ojos hundidos de color azul grisáceo. El teniente Melena Gris. No pertenecía a la verdadera élite de la Guardia en sí, pero era lo que más cerca estaba. El hombre agitó una mano embutida en el guantelete para señalar el pozo, y un tipo

flaco con unas túnicas bastas de color marrón y pelos negros de loco estrafalario empezó a bajar. Humo, así se llamaba, recordó Kyle. Era mago, uno de los juramentados originales, uno de los aproximadamente veinte hombres y mujeres supervivientes de esa compañía que habían hecho el juramento de lealtad eterna al fundador de su compañía de mercenarios, K'azz D'Avore.

Los hombres fueron bajando en fila. Melena Gris se metió, seguido por el sargento Zanja, Joroba, Dócil, Harman, Grere, Peregrino, Blanquito, Ambrosio y otros que Kyle no conocía. Estaba a punto de unirse a la fila cuando Acecho le tocó el brazo.

—Resulta que tú y yo somos la retaguardia.

—Estupendo.

Por supuesto, reflexionó Kyle, dado que eran los exploradores de la Novena, la retaguardia era donde se les debía entregar lo que tenían por delante. Habían estado observando los fuegos artificiales demasiado tiempo y habían visto a todo el cuerpo de magos de la compañía poniéndose a toda prisa a la defensiva. Kyle no tenía problemas en dejar ese enfrentamiento a los tíos duros de delante.

Las escaleras terminaban en un largo pasillo inundado, treinta centímetros de agua estancada. Unos riachuelos serpenteaban por las paredes de piedra trabajada. Las ratas chillaban, aterradas, en el agua, y los hombres maldecían y las apartaban a patadas. Por lo poco que Kyle distinguía en la oscuridad, el pasillo parecía llevarlos directamente a la Espuela. Se imaginó la fila de figuras oscuras como una reunión de espíritus, fantasmas que avanzaban chapoteando con gesto cansado a encontrarse con el destino.

Sus pensamientos regresaron a las incursiones nocturnas de su niñez. Hermanos, hermanas y amigos que se juntaban contra los jóvenes guerreros de los clanes vecinos. Para robar trofeos sobre todo, para poner a prueba su incipiente edad adulta; y Kyle tenía que admitir que no había mucho más que hacer. Los nabrajanos se pasaban la vida invadiendo las tierras de su pueblo. Los asentamientos no eran más que un puñado de caseríos, pero iban creciendo. La última incursión de Kyle terminó cuando junto con sus hermanos y hermanas se encontró con algo para lo que ellos no tenían palabras: una guarnición.

La columna se detuvo de golpe y Kyle chocó contra el calvo compacto de delante. El hombre se volvió y le lanzó una rápida sonrisa. Tenía los dientes irregulares pero brillantes en la oscuridad.

—Ogilvy me llamo. —Tenía una voz tan ronca que era casi inaudible—. De la Treinta y Dos.

—Kyle. De la Novena.

Ogilvy asintió, miró a Acecho y asintió otra vez.

—Esta vez nos haremos con el espectro ese. El viejo Gris va a armársela a Cogulla.

Cogulla. Además de ser el mago más temido de la compañía, el juramentado era también el segundo al mando bajo Trémula, y líder de los velos, asesinos de los más duros que Kyle jamás podría haber imaginado un año antes. Él solo había visto a esos dos comandantes de lejos y esperaba que así siguiera siendo.

Acecho frunció el ceño con expresión escéptica.

—Más vale que ese tal Melena Gris sea tan bueno como dice todo el mundo.

Ogilvy lanzó una risita y sus ojos se iluminaron con un chiste privado.

—Le pusieron precio a su cabeza los korelanos y también los malazanos. Renegó de los dos, el tipo. Lo llaman Espadachín. He oído que vale un barril entero de perlas negras.

—¿Por qué? —preguntó Kyle.

Ogilvy encogió los musculosos hombros.

—Los traicionó a los dos, ¿no? Esperemos averiguar cómo exactamente uno de estos días, ¿eh? —Le guiñó un ojo a Kyle—. Vosotros dos sois de por aquí, ¿a que sí?

Kyle asintió. Acecho no. Acecho no se movió en absoluto.

Ogilvy se pasó una mano por las cicatrices que revestían su calva.

—Bueno, yo llevo con la Guardia unos diez años ya. Me alisté en Genabackis.

Kyle había oído hablar mucho de ese contrato. Fue el último importante de la compañía y había terminado años antes, cuando la ofensiva malazana se había hecho pedazos. Todos los perros viejos rezongaban y decían que el Imperio de Malaz ya no era lo que había sido. Y si bien los veteranos no abrían la boca sobre su pasado ni el de la Guardia, Kyle adivinaba que se habían enfrentado con frecuencia a esos tales malazanos.

—Este contrato ha sido muy raro —continuó Ogilvy—. Nosotros intentamos pasar desapercibidos, ¿no? Y mientras, el cuerpo de magos se dedica a practicar para sacar humo por el culo. No lo que suele hacer la Guardia. —Les lanzó una mirada llena de intención—. Y además se han hinchado a reclutar.

La columna empezó a moverse otra vez y Ogilvy se alejó chapoteando con estrépito.

—¿De qué iba eso? —le preguntó Kyle a Acecho cuando echaron a andar.

—No lo sé. Ese tal Ogilvy lleva una década con la Guardia y ni si quiera él lo sabe. Yo he oído muchas cosas. Esta compañía parece dividida en dos, los viejos contra los nuevos.

El explorador alto y flaco cogió el brazo de Kyle con la fuerza del mordisco de un sabueso. Se detuvieron y el silencio pareció resonar en los oídos de Kyle.

—Pero te voy a decir una cosa —dijo, se inclinó hacia delante y las sombras se tragaron su rostro—, los hay en esta Guardia Carmesí que llevan vagando por la tierra mucho, mucho tiempo. Han amasado poder y conocimientos. Y no creo que tengan intención de soltar ni una cosa ni la otra. Es una vieja historia, una historia que esperaba haber dejado atrás.

Soltó el brazo de Kyle y siguió su camino, dejando al joven solo en la oscuridad y el silencio del túnel. Kyle se quedó allí, preguntándose qué podía pensar de todo aquello, hasta que las ratas empezaron a reunir valor y a intentar treparle por las piernas.

Encontró a Acecho ante una verja de hierro retorcido que en otro tiempo debió de ocupar todo el pasillo. El hombre estaba agachado, inspeccionando la verja con el cabo diminuto de una vela metido en una mano.

—¿Qué es? —susurró Kyle.

—Un desastre. Pero más importante que el qué es el cuándo. Esto es reciente. El hierro todavía está caliente de cuando lo aplastaron. ¿Tú oíste algo?

—Quizá algo… antes.

—Sí. Yo también. —Entrecerró los ojos y miró adelante, al fulgor apagado de un farol dorado por donde la retaguardia de la columna iba desapareciendo poco a poco.

Acecho apretó una saquita de cuero que llevaba al cuello y después la frotó. Una costumbre que Kyle ya había observado con anterioridad—. He oído hablar de ese tal Melena Gris. Dicen que es mucho más de lo que parece…

Kyle estudió el armazón arrancado y doblado. Las barras eran gruesas, casi la mitad que su muñeca. ¿El norteño estaba sugiriendo que Melena Gris había apartado de algún modo la verja de un golpe? Lanzó un bufido. ¡Qué ridiculez!

Los ojos de Acecho refulgían con un color castaño bajo la llama y se volvieron hacia él.

—No juzgues tan rápido. He luchado contra muchas cosas y he visto cosas que sigo sin creerme.

Kyle quería preguntar por todas esas batallas, pero el tipo parecía inquieto. Miró a Kyle dos veces, en sus ojos un matiz de preocupación, como si lamentara haber dado su opinión.

Bajo la luz de la vela de Acecho, Kyle distinguió un corto tramo de escalones que se alzaban detrás de la verja. Las escaleras resplandecían con un matiz oscuro, basalto negro, la roca de la Espuela. Los escalones estaban tan gastados que en el centro eran casi simples cuencos. Kyle se irguió, su mano pareció encontrar sola la empuñadura de su talwar. Acecho apagó la vela con una sacudida y tras un momento Kyle distinguió el fulgor de la luz del farol más adelante.

Se reunieron con Ogilvy, que les hizo un gesto para que se acercaran y lanzó un silbido de asombro. El túnel se abría a una cámara circular tallada en la misma roca que los escalones. Más basalto negro, la mismísima raíz de la Espuela. Las dimensiones de la cámara inquietaron a Kyle hasta que se dio cuenta de que era la base de una escalera hueca circular. Las antorchas parpadearon donde empezaban las escaleras, que se alzaban en una apretada espiral alrededor del interior de la pared de la cámara. Alzó los ojos guiñados y vio que la columna iba ascendiendo poco a poco, de dos en dos, con Humo y Melena Gris en cabeza. Salió al centro y miró directamente arriba. Más allá de los hombres, en las alturas, una luz azul oscura caía en cascada junto con una fina bruma de lluvia. La humedad besó su rostro alzado. Un destello de luz iluminó un disco diminuto del tamaño de una moneda que había en la cima de la columna hueca de roca. Mareado y asqueado, Kyle se apoyó en un muro frío y resbaladizo. Muy lejos de él, el viento aullaba como un perro encadenado, puntuado por el retumbar ocasional del trueno.

Sin una palabra más, Acecho se acercó a las escaleras con una mano en la empuñadura de su espada. Los mocasines de cuero no hacían ruido contra los salientes redondeados de la piedra. Ogilvy le dio una palmada en la espalda a Kyle.

—Vamos, muchacho. Una simple caminata antes de terminar la noche, ¿eh? —Y lanzó una risita.

Después de veinte vueltas y revueltas de las escaleras, Kyle estudió los símbolos curvos e irregulares excavados en el muro a la altura de los hombros. Formaban parte de un panel continuo que trepaba con las escaleras. Distinguió algunas partes allí donde habían apartado el musgo y las telarañas. Parecía contar una historia, pero a Kyle jamás le habían enseñado a leer esos símbolos. Solo reconoció uno: la espiral rizada de Viento. El tótem de su pueblo.

Tras un rato las piernas se le entumecieron y empezó a faltarle el aliento. ¿Qué habría allí esperándolos? Y lo que era más importante, ¿qué planeaban hacer Humo y Melena Gris? Justo delante, Ogilvy rezongó y exhaló con estrépito por la nariz aplastada. El veterano mantenía un ritmo constante a pesar de vestir cofia, camisa y falda, todo de cota de malla, que colgaban entre crujidos y siseos con cada paso que daba. La armadura de Kyle, los desechos de los que podía prescindir la Guardia, le irritaban el cuello y le abrían la carne de los hombros. Su atuendo consistía en un camisote demasiado grande de capas lacadas de tiras de cuerno y hueso sobre una camisola acolchada (las mangas de cuero blando cosidas con anillos de acero, de los cuales faltaban muchos), falda tachonada sobre pantalones ceñidos de cuero, guantes recubiertos de cota de malla y un yelmo de hierro puro con una guarda que le quedaba tan grande que le descansaba en los hombros. Kyle la había ajustado metiéndole un trapo por dentro. El peso combinado hacía que la subida fuese una tortura. Pero una mañana de un año antes, cuando Joroba había dejado caer las prendas en su regazo, se había sentido como el hombre más rico de todas las tierras de Bael. Ni siquiera el caudillo de su tribu podría haber presumido de semejante colección. Un año después se sentía como el mendigo idiota de la compañía.

Se concentró en ver dónde ponía los pies, intentó contener con una mueca el dolor ardiente de los muslos, los hombros irritados y los pulmones que le estallaban. Entre sus hermanos y primos siempre se le había considerado uno de los corredores más fuertes, capaz de mantener el ritmo desde el amanecer hasta la puesta de sol. De ninguna de las maneras pensaba permitir que ese viejo veterano acabara con él.

Un grito de las alturas y Kyle se detuvo. Resonaron unos golpes distantes junto con gritos de alarma. Las armas sisearon al salir de las vainas. Kyle se inclinó hacia fuera, se asomó al hueco circular interno y miró arriba, pero no vio lo que estaba pasando. Se volvió para hablar con Ogilvy, pero el veterano lo mandó callar con un movimiento de la mano. Los ojos del hombre destellaron en la oscuridad y levantó la espada. Había desaparecido la máscara de chistes y bromas y en su lugar se había colocado la de un asesino frío y sereno, la boca sonriente apretada en una mueca fiera. Era una transformación escalofriante.

La columna empezó a moverse otra vez, el acero rozaba la piedra entre sacudidas y sobresaltos. Tres vueltas de las escaleras llevaron a Kyle hasta un descansillo poco profundo en el muro. En la base yacían los restos rotos de un cadáver con armadura, muerto siglos atrás. La carne desecada se había curado hasta alcanzar un tono marrón correoso. Kyle se quedó mirando hasta que Ogilvy lo hizo continuar de un empujón.

—En el nombre del Viento, ¿se puede saber qué era eso? —preguntó en susurros.

Ogilvy estuvo a punto de encogerse de hombros, pero se contuvo y en su lugar escupió por el borde abierto.

—Un guardián. Un aparecido. He oído hablar de ellos.

A Kyle le sorprendió advertir que había desenvainado el talwar. No recordaba haberlo hecho.

—¿Estaba… muerto?

Ogilvy le lanzó una larga mirada, de arriba abajo.

—Ahora lo está. Así que cállate y mantén los ojos abiertos. No tardará en haber follón.

—¿Cómo lo sabes?

—Como peces en un barril. —Señaló la retaguardia con una sacudida de la cabeza—. Hicimos saltar la alarma, ¿no? Estará aquí, o debería estarlo. Quédate entre la pared y yo, ¿estamos?

Por Kyle no había problema y estaba a punto de preguntar por qué cuando un estallido de luz brotó más arriba y lo cegó, seguido por una explosión que hizo temblar los escalones. Ogilvy lo cogió de golpe por los anillos del cuero de la manga y lo apartó de un tirón del borde de las escaleras. El viento tiró de él cuando algo grande pasó a toda velocidad por el vacío del centro. Un grito rompió el silencio después del estallido. Kyle recuperó la visión a tiempo de ver que un guardia se precipitaba en la oscuridad, la cabeza y el cuello convertidos en un destrozo ensangrentado. A su lado, Ogilvy echaba chispas.

—¡Está acabando con nosotros uno por uno! ¿Dónde está Gris?

Kyle entrecerró los ojos y miró la columna hueca; podía ver mejor, estaban cerca de la cima, donde la luz de la luna y los destellos de luz bajaban en cascada con la lluvia de bruma. Una forma oscura se cernía allí. El hechicero, Shen. Los guardias empuñaban antorchas y espadas contra él. El mago permanecía en pie sobre la nada, erguido, envuelto en sombras que cambiaban. Sus manos eran garras grandes y pálidas. Una de esas manos se estiró en busca de otro hombre, pero la apartaron de una palmada. Shen enseñó los dientes e hizo un gesto. Explotó un destello cerúleo. Un guardia se derrumbó como si lo hubieran apuñalado en las tripas, se tambaleó hacia el borde y cayó como una estatua, pasó tan cerca que casi golpeó la cara alzada de Kyle con las botas.

Los guardias aullaron de rabia. Las armas arrojadas y los cuadrillos de ballesta rozaron la figura delgada y erguida. El hechicero se echó a reír. Su mirada se posó en el siguiente hombre de la fila. Kyle se inclinó hacia fuera tanto como se atrevió y aulló con su propia rabia, impotencia y miedo.

—¡Que el Embozado te arrastre, pedazo de mierda inhumana! —bramó Ogilvy mientras sacudía el puño.

Arriba, Humo se inclinó hacia Shen con las manos abiertas y las palmas a la altura del estómago. Los guardias que bordeaban la curva de las escaleras se dieron la vuelta de repente y alzaron los brazos para protegerse la cara.

—¡Arriba! —soltó Ogilvy y tiró del camisote de Kyle para echarlo hacia atrás.

Las llamas estallaron en el tubo hueco de la escalera de caracol. Revolvieron a Kyle como metal líquido. El joven aspiró una bocanada de aire caliente y se cubrió la cara. Un horno se arrojó contra él. Las llamas le gimotearon al oído y le escaldaron el dorso de las manos. Y después, como una explosión de viento que le hizo estallar los oídos, las llamas se apagaron de repente y lo dejaron jadeando y sin casi aliento. Entre el humo y el hedor a pelo quemado y cuero chamuscado, oyó a Ogilvy decir algo con voz ronca.

—Por los dientes de Togg, Humo. Baja un poco el tono.

Se asomaron arriba y rebuscaron entre el humo en busca de alguna señal del hechicero. Las nubes, revueltas, girando sin parar, se reunieron como si las atrajera un viento que las absorbiera y desaparecieron dejando lo que parecía un ileso Shen flotando en el vacío. El hechicero alzó su mirada ambarina hacia Humo y estiró una

mano pálida rígida como un garfio. Kyle anheló estar allí arriba para ayudar a Humo, el único mago que acompañaba a su grupo. Para él estaba claro que la situación los superaba.

El brazo se estiró en busca de Humo. El hechicero dobló los dedos pálidos, llamándolo. Los hombres que estaban lo bastante cerca blandieron las armas, pero fue en vano. Entonces apareció la forma enorme de Melena Gris, que salió de entre las sombras y arrojó una espada ancha en línea recta. El mandoble empaló a Shen, que ahogó un grito, asombrado. La boca del hechicero se abrió de par en par, el hombre emitió un chillido ensordecedor y sujetó la espada con las dos manos. Se desenganchó de la hoja con un tirón. Antes de que Melena Gris pudiera embestirlo otra vez, el hechicero subió disparado por la abertura.

Al lado de Kyle, Ogilvy se rascó la barbilla y se asomó con aire especulativo a la cima.

—Bueno, no estuvo tan mal, ¿no? —dijo con un guiño.

Kyle se quedó mirando, incapaz de hablar. Sacudió la cabeza, horrorizado y aliviado a la vez. Después se sobresaltó y recordó algo.

—¡Acecho! —Kyle buscó entre los hombres y lo encontró cerca de Melena Gris. Las miradas se cruzaron y después, Acecho, con los ojos pálidos brillando en la oscuridad de la cara, apartó la vista.

Ogilvy sorbió por la nariz y envainó la espada.

—Me pidió que te echara un ojo, sí, señor. Ahí abajo, antes de subir.

—No necesito que nadie me eche ningún ojo.

—Entonces tienes una cosa que aprender si quieres seguir con vida en este negocio. —Ogilvy carraspeó y escupió en el pozo—. Y es aceptar ayuda cuando te la ofrezcan, porque no será muy a menudo.

La columna empezó a moverse y Ogilvy reinició la marcha por las escaleras.

Salieron por la torre de la esquina a un patio rectangular amurallado. La lluvia caía de lado, empujada con tanta dureza como la arena en una tormenta de viento. Los hombres se acurrucaron en grupos allí donde se ofrecía algún refugio. Kyle luchó por ceñirse la capa de cuero y corrió hasta un saliente que le llegaba a la cintura y rodeaba un estanque rebosante, y allí se apretó contra la escasa protección que ofrecía. La capa de nubes asfixiaba la fortaleza como una niebla. El viento rugía con tal fuerza junto con la descarga de los truenos que los hombres que estaban juntos tenían que gritarse al oído para lograr ser escuchados. A la luz de la descarga casi constante de relámpagos, Kyle vio que la estructura era menos una fortaleza que una vivienda privada amurallada. El patio central, las paredes, los bancos, los edificios, todos estaban hechos del basalto negro y puro de la Espuela. Al chico le asombró la cantidad de trabajo que debía de haber llevado tallar todo aquello.

Solo Melena Gris permanecía erguido, con las piernas, gruesas como troncos, separadas, y el largo cabello gris agitándose bajo el yelmo. Hizo varios gestos con los guanteletes y dividió a los hombres en grupos. Kyle se preguntó qué habría hecho con el mandoble que había utilizado contra Shen, pues el renegado no llevaba ninguna vaina lo bastante grande, solo una fina espada larga que le colgaba del cinturón.

Humo apareció de repente rozando el suelo. Corría hacia Kyle como un cuervo empujado por la tormenta. Las túnicas empapadas se le pegaban al cuerpo flaco. El

cabello negro, mojado por la lluvia, le otorgaba al rostro estrecho el aspecto enloquecido de una rata medio ahogada.

—¿Tú eres el explorador Kyle? —chilló el mago con voz ronca.

Kyle asintió.

Un estremecimiento se apoderó del mago, que frunció el ceño con aire desdichado y se ciñó mejor las túnicas empapadas alrededor del cuello. La lluvia le caía en riachuelos por la cara. Señaló a cuatro hombres que había cerca de Kyle. Esos hombres se dieron por enterados con un asentimiento. De ellos, Kyle conocía solo a uno: Geddin, un espadachín enorme. Para Kyle fue un alivio tenerlo con él.

Humo acercó la boca a la oreja de Kyle. Incluso bajo la lluvia, empapado hasta los huesos, todavía emanaba de forma inexplicable de aquel hombre el olor a humo de madera y metal caliente. Señaló con un dedo huesudo un muro recubierto por una larga columnata tallada en su totalidad en el basalto oscuro: el tejado, las columnas y los sombríos portales se abrían a las habitaciones del interior.

—Comprobamos esas salas. Tú vas en cabeza.

Humo captó la reacción de Kyle a ese anuncio y se echó a reír. La carcajada se transformó en una tos seca.

Kyle sacó el talwar y buscó un refugio entremedias. En cabeza. Estupendo.

—Espera. —Humo cogió la mano en la que Kyle llevaba el arma.

Kyle estuvo a punto de soltarse de un tirón, pero recordó las palabras de Ogilvy y se contuvo. El mago frunció el ceño mientras estudiaba la hoja. Kyle esperó, sin saber muy bien qué hacer. ¿Cuál era el problema? La lluvia le golpeaba los hombros. El puño del mago que lo sujetaba era incómodo y ardiente. Humo se volvió para mirar hacia donde Melena Gris se encontraba con su grupo. Kyle no veía más que un manchón de formas entre las cortinas sesgadas de lluvia. Humo levantó la espada y el brazo de Kyle, y alzó las cejas en una interrogación tácita. Kyle entrecerró los ojos, pero no distinguió nada de la cara o los gestos de Melena Gris. El mago gruñó, era evidente que había hallado alguna respuesta y se sacó una fina aguja de acero de las túnicas. Empezó a arañar la hoja curva.

—¿Algo que quieras? ¿Tu nombre? ¿El favor de Oponn? ¿Fuego, quizá?

—Viento —contestó Kyle al pensar en su tótem.

La aguja dejó de moverse. La lluvia caía como proyectiles de una honda contra los hombros de Kyle. Humo levantó la cabeza y sus ojos destellaron mientras buscaban la cara de Kyle, después lanzó una sonrisa llena de intención.

—Tú también viste las historias al subir, ¿eh? Buena elección. —Grabó la espiral de Viento en la hoja. Por increíble que pareciera, el hierro templado se fundió como la cera bajo la presión firme de Humo. El puño de la espada se calentó en la mano de Kyle. La lluvia siseó y provocó una bruma en la hoja. El mago soltó al chico. ¿Qué había pasado allí? ¿Y qué pasaba con Viento? ¿Qué era lo que siempre decía su padre…? ¿«Todos están a merced del viento.»?

Kyle levantó la cabeza y vio a Humo que, impaciente, le hacía gestos para que se adelantara.

Las salas abiertas en el duro basalto estaban vacías. Kyle apartó a patadas las hojas podridas y los restos del mobiliario de madera deshecho. Se sintió decepcionado, pero

también, y para su vergüenza, aliviado. Se sentía expuesto, indefenso. ¿Qué podía hacer él contra ese hechicero? Sentía en el estómago un nudo tenso de ácido y los miembros le temblaban con una tensión desenroscada.

Allí delante, el gemido del viento y una bruma de lluvia traicionaban una abertura al exterior. Entró en una sala con tres paredes que se asomaba al borde de la Espuela. Las ráfagas de viento tiraron de él y se apoyó en el portal para no caer. La sala albergaba una gran jaula de madera y cuerdas, suspendida bajo un aguilón de vigas, que parecía poder colgarse sobre el abismo. La cuerda llevaba de la jaula hasta un hueco en el tejado y luego volvía a descender por la parte posterior de la habitación, donde rodeaba un grueso cabrestante alto como un hombre.

Humo se asomó por encima del hombro de Kyle y le dio unas palmadas en la espalda.

—Bajamos por ahí.

—No con este viento —rezongó uno de los hombres detrás de Humo—. Nos haríamos pedazos.

Humo se volvió con el ceño fruncido hacia el guardia, quizá el único de la compañía que era más bajo que él.

—Siempre hay que quejarse de algo, ¿eh, Junior?

Una conmoción sacudió la piedra bajo sus pies e interrumpió cualquier otra charla. Los estallidos apagados de la roca al quebrarse hicieron que a Kyle le dolieran los dientes. Humo recuperó el equilibrio y lanzó una carcajada seca y burlona.

—¡El bueno de Gris lo ha sacado de su escondrijo!

Una segunda explosión apabullante pateó la roca. Kyle hubiera jurado que había sentido mecerse la Espuela. Se irguió otra vez. La jaula de cáñamo y madera se balanceó, crujía y se golpeaba contra sus soportes. La sonrisa de Humo desapareció y se limpió el agua de la cara.

—Creo.

—Volvamos —sugirió otro guardia, uno cuyo nombre Kyle no sabía. Había usado la lengua nativa de la compañía, el taliano—. La hermandad está preocupada.

Humo asintió con un gruñido mientras se tiraba de las túnicas empapadas. Kyle observó a ese guardia desconocido. «Hermandad», había dicho el hombre. No era la primera vez que oía el término. Algo que tenía que ver con la élite de la Guardia, los originales, los juramentados. ¿O quizá otra palabra para referirse a estos, usada solo entre ellos? Kyle siguió estudiando al tipo de soslayo; un maltratado camisote de hojuelas, un gran escudo a la espalda, espada larga envainada. Bien podría ser de los juramentados; no llevaban torques ni insignias de rango, no se les podía distinguir de ningún otro guardia. Joroba le había explicado que era deliberado: «Miedo», había dicho el viejo. «Nadie sabe a quién se está enfrentando. Se piensan las cosas dos veces, sí, señor.»

Cuando regresaron a las cámaras interiores, los guardias llenaban las habitaciones. Parecía ser el punto de reunión acordado. A través de los arcos que quedaban entre las columnas de piedra, Kyle vio a los mercenarios que convergían en el complejo de salones. Los hombres resbalaban y se enredaban en la piedra pulida y mojada por la lluvia. El chico se volvió hacia el mercenario bajito que tenía a su lado.

—¿Qué pasa aquí, Junior?

Bajo el borde del yelmo envuelto en tela empapada, los ojos del hombre destellaron al clavarse en Kyle, muy abiertos y embargados de indignación.

—No me llamo Junior —dijo entre dientes.

Kyle maldijo su estupidez y esos malditos nombres extranjeros.

—Perdón. Humo te llamó así.

—Humo puede llamar a quienquiera como le salga de los cojones. Pero más vale que tú muestres un poco más de respeto…

—Perdón, yo…

Alguien tiró del camisote de Kyle, que se giró en redondo y se encontró con Joroba. El viejo zapador le guiñó un ojo.

—No molestemos aquí al amigo Cápsula con nuestras preguntas. No es de los que les gusta ayudar.

Los labios de Cápsula se estiraron y apretaron todavía más hasta convertirse en la sonrisa recta de un perro de caza. Saludó a Joroba con una inclinación del yelmo, se apartó de la pared de un empujón y se abrió camino entre la multitud de guardias.

—¿Y qué pasa? —susurró Kyle.

—Ahora mismo no estoy muy seguro —admitió el viejo veterano con sinceridad—. Hay que esperar para averiguarlo. En este oficio es lo que hacemos la mayor parte del tiempo, ya sabes.

¿Y qué oficio es ese, si puede saberse?, fue lo que estuvo a punto de preguntar Kyle, pero de repente todos los hombres se pusieron firmes y prepararon sus armas. Kyle miró a su alrededor, confuso. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué siempre era el último en enterarse? A él le parecía que los hombres se erguían al unísono como marionetas en una cuerda. Era como si los guardias veteranos compartieran un idioma silencioso o un instinto del que él carecía. En un sinfín de ocasiones había estado sentado en una habitación observando una partida de cartas, o dormitando en un barracón, solo para ver que los hombres se ponían de pronto alertas como si hubieran oído el sonido de un tambor. En tales momentos, los otros reclutas novatos y él siempre eran los últimos en estar listos, siempre eran los que cerraban la fila.

Esa vez Kyle vio que el centro de atención de todo el mundo era el portal abierto de la estructura principal que había al otro lado del jardín. Los hombres se reunieron en la columnata, y apuntaron a esa puerta con las ballestas cargadas. La fila delantera se arrodilló y la trasera se alzó sobre ellos. Kyle no disponía de un arma así porque en la compañía había escasez de ellas.

—Aquí vienen —murmuró Joroba.

Entre las cortinas de lluvia torrencial, Kyle distinguió un pelotón de hombres que salían del portal. Melena Gris fue el último en salir. Se las arregló sin ayuda de nadie para cerrar la losa de piedra que tenía por puerta. Los hombres cruzaron a la carrera los niveles colindantes de jardines y patios. Se arrojaron tras bancos y macetas de piedra que no contenían más que tallos derrotados de maleza muerta. Otros hombres y mujeres cubrieron la puerta mientras sus compañeros corrían y serpenteaban hasta otra sección del patio. Acecho estaba entre ellos, con la ballesta en la mano. Melena Gris cerraba la fila, caminaba con lentitud y pasos pesados, como si estuviera sumido en sus pensamientos. Ni una sola vez miró atrás. Era extraño,

una bruma sacudida por el viento surgía como un penacho de aquel hombre, como si fuera un estandarte.

Los hombres alcanzaron el refugio de la columnata. Cuando Melena Gris salió de entre la cortina de lluvia, Kyle vio que lo cubría una capa de hielo, unos carámbanos le colgaban de las faldas de la armadura suelta de hojuelas. El renegado malazano dio unos golpes en el hielo y mandó fragmentos tintineando al suelo de piedra. El vapor se enroscaba a su alrededor como humo. Para asombro de Kyle, nadie hizo el menor comentario.

Humo se acercó a Melena Gris.

—No se puede coger la jaula —gritó—. El puñetero viento es demasiado fuerte.

Melena Gris asintió con gesto cansado.

—Las escaleras no nos sirven. Ya se ha ocupado de eso Shen.

La piedra sólida que pisaba Kyle saltó como si le hubieran dado una patada. Una columna crujió y se partió como el tronco de un árbol seco y mandó a los hombres a un lado, encogidos y estremecidos. El polvo de la roca hizo escocer la nariz de Kyle.

—Está despierto —contestó Melena Gris a la pregunta tácita de Humo—. Estará aquí en cualquier momento. —Se volvió para mirar el edificio principal, que era un refugio largo, bajo y negro sin ventanas ni adornos—. Shen lo despertó antes de que pudiera impedírselo, esa maldita sanguijuela de la senda. —Junto a Melena Gris, el sargento Zanja indicaba a los hombres mediante gestos que se dispersaran. Los hombres se dirigieron a ambos lados arrastrando los pies, encogiéndose para encontrar refugio, con las ballestas apuntadas.

Humo se frotó el bigote de rata mientras se mordía el labio inferior.

—Quizá deberíamos ir a por Cogulla.

Los ojos pálidos como el cielo de Melena Gris destellaron y después se los frotó con un guantelete y suspiró.

—No. Todavía no. —Se cruzó de brazos—. Veamos lo que hemos levantado.

Kyle estuvo a punto de hablar entonces. ¿Se podía saber qué estaba pasando? Esos dos parecían haber llevado a todo el mundo a un callejón sin salida. ¿Qué problema había con las escaleras? Joroba, como si le leyera el pensamiento, llamó su atención con los ojos y después miró a la parte trasera de las habitaciones. Kyle asintió.

Se encontró con Joroba en el último portal, que ofrecía una buena vista del patio. Ante ellos, los hombres se agazapaban y se inclinaban tras las columnas con las ballestas listas. Murmuraban entre ellos en voz baja y echaban vistazos a Melena Gris con ojos cansados y calculadores. Kyle incluso oyó unas cuantas carcajadas entre los truenos y el estruendo de la lluvia. Se preguntó si la mitad de ese oficio de mercenario no se trataba sencillamente de ver cuánta indiferencia podías mostrar ante una muerte inminente.

Joroba le lanzó una sonrisa alentadora y se frotó un muslo con la mano.

—¿Qué pasa, muchacho? Por tu aspecto cualquiera diría que tu caballo favorito acaba de caerse muerto.

A pesar de sí mismo, Kyle tuvo que lanzar una carcajada. ¡Que el gran Viento lo protegiera! ¿Estaba chiflado ese hombre?

—Estamos atrapados, ¿verdad? No hay escapatoria y solo los burlones Mellizos sabrán lo que está a punto de tragarnos vivos.

Joroba alzó las cejas. Se quitó la gorra de cuero hervido que hacía las veces de yelmo y se rascó la cabeza.

—Maldita sea, anda que no soy lerdo. A uno se le olvida, ¿sabes? Sirves con los mismos hombres el tiempo suficiente y al final hasta les lees el pensamiento. —Se palpó los márgenes del pelo cortado a cepillo y aplastó algo entre las uñas. Sus ojos, al encontrarse con los de Kyle, eran tan pálidos que parecían incoloros—. Perdona, muchacho. Se me olvidó lo verde que estás. ¡Y mira que fui yo el que te tomó juramento! Es lamentable. —Apartó la vista con una risita.

—¿Y? —le apuntó Kyle.

—¡Ah! Sí. Bueno, muchacho. Verás, Shen, el hechicero, ese tipo ha muerto. Melena Gris acabó con él. Pero lo que Cogulla y Humo temían que podría estar aquí arriba, resulta que está. Shen lleva todo este tiempo chupándole poder. Pero lo despertó cuando murió. Es poderoso y viejo, el muy puñetero.

—¿Qué es?

—Una especie de mago poderoso. Un brujo. Quizá hasta algún ascendiente o algo así. Un gran señor de la senda de Serc.

«Ascendiente», Kyle había oído el nombre unas cuantas veces, ¿un hombre o una mujer de gran poder? Él conocía los nombres que daban en su tribu a las sendas. Algunos de los ancianos todavía insistían en llamarlas «Fortalezas». Pero él no sabía los nombres talianos.

—Serc. ¿Qué senda es esa?

—El Firmamento.

Fue como si el mismo viento que aullaba alrededor de Kyle se lo llevara por el aire y lo hiciera caer dando vueltas mientras el rugido que lo rodeaba se transformaba en una carcajada atronadora. La resonancia le llenó la cabeza y expulsó cada pensamiento. Kyle recordó a su padre diciendo que el trueno era el Viento que se reía de la arrogancia de los humanos y de todas sus absurdas luchas. Su visión pareció estrecharse en un túnel diminuto, como si una vez más estuviera asomándose a las escaleras de caracol huecas de la Espuela. Parpadeó y sacudió la cabeza, pero se sintió como si todavía estuviera girando.

Joroba estaba mirando a otro lado, distraído.

—Tengo que irme, muchacho. —Sin esperar respuesta alguna, el viejo saboteador le dio a Kyle una palmada en el hombro y se metió entre los hombres.

Kyle cayó contra un muro con las rodillas entumecidas. Levantó el talwar hasta los ojos. El agua formaba cuentas y chorreaba del símbolo del Viento grabado en el hierro. ¿Podría serlo? ¿Podría ese ente ser uno de ellos? Un fundador de su pueblo. ¿Un espíritu bendecido del Viento?

Escampaba, y Kyle miró con los ojos entrecerrados los muros circundantes de nubes sólidas. La Espuela parecía haber perforado algún otro reino, un mundo de coléricas nubes oscuras como la pizarra y un viento despiadado. Mientras Kyle miraba, ese viento se convirtió en una galerna, esparció los charcos de agua y empujó a todo el mundo a buscar refugio. Solo Melena Gris permaneció en pie, con las piernas separadas y un brazo blindado protegiéndole la cara.

La puerta de la casa principal se abrió con un estallido, como si la hubiera propulsado una explosión como las de las municiones moranthianas que Kyle había oído

describir. Estalló en fragmentos que salieron disparados por el aire y crujieron como cuadrillos de ballesta al salir de las columnas y los muros. Kyle se encogió cuando un trozo le hizo un corte en la pierna. Uno de los guardias se derrumbó hacia atrás y cayó con una postura tan rígida y en tan absoluto silencio que nadie se molestó en bajar las armas para comprobar cómo estaba.

Salió un hombre. A Kyle le sorprendió una impresión inmediata de solidez, aunque el tipo no era tan ancho como Melena Gris. Tenía el cabello espeso, blanco como el hueso y trenzado, y caía sin que el viento le moviera ni un solo pelo. Unas túnicas de lana con pliegues y borlas descendían en varias capas que se precipitaban en cascada de los hombros hasta los pies. Ni un solo rizo o borde se ondulaba. Era como si el hombre ocupara una especie de oasis de quietud dentro de la tormenta.

Su mirada pasó con una deliberación firme de una cara a otra. Cuando esa mirada argentina se clavó en Kyle, el chico se encontró con que tenía que girarse; los ojos se apoderaban de él como si fuese una posesión y lo aterrorizaban por lo que parecían prometer. Por alguna razón sintió que la vergüenza le calentaba la cara, como si, de algún modo, no fuese digno. Los vientos se calmaron entonces, los latigazos y aullidos fueron menguando. Las nubes densas y revueltas parecieron retirarse como si cobraran fuerzas para un último ataque.

En esa calma entró Humo. Sus sandalias golpearon la piedra húmeda. El brujo (y a Kyle le quedaban pocas dudas de que eso era, como mínimo) observó al hombrecito con aparente diversión. Humo se arrodilló e hizo algo con las manos sobre el suelo de piedra. Las llamas salieron disparadas de las manos por la roca húmeda. La línea de fuego se precipitó de forma muy parecida a una serpiente que fuera acercándose cada vez más a la entidad. El brujo lo observó todo con una especie de curiosidad paciente. La cabeza bajó solo un poco mientras los ojos se movían para seguir el avance de las llamas.

Una vez que la línea de fuego llegó cerca de las sandalias del brujo, se dividió en dos ramales que lo rodearon. La mirada ponderada del ser subió para contemplar a Humo, que se estremeció bajo todo su peso. El brujo chasqueó los dedos y las llamas estallaron como un cristal machacado. Humo voló hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo. Se deslizó por la piedra mojada y quedó tirado a los pies de Melena Gris.

—Eso es algo que no se ve todos los días —oyó Kyle que jadeaba el hombrecito. El brujo estaba inmóvil, pero Melena Gris no le quitó los ojos de encima para mirar a Humo—. Deberíamos llamarlo a él —dijo el mago mientras se levantaba.

El brujo levantó poco a poco los brazos rectos, los apartó del cuerpo como si fuese un pájaro a punto de echar a volar. Melena Gris cogió aire para decir algo, pero se detuvo y miró con brusquedad a un lado. Tres figuras, dos hombres y una mujer, todos con mantos oscuros sacudidos por el viento, se acercaban por la columnata. Tres que Kyle sabía con seguridad que no habían subido con el grupo. Melena Gris maldijo por lo bajo. Humo se sopló en las manos y se las masajeó.

Los guardias fueron abriéndoles paso a los tres. El primero Kyle sabía que era Cogulla, el rostro afilado lucía unos tatuajes azules en espiral en la barbilla y un entramado de cicatrices de cuchillo perladas en el cuello. El segundo Kyle supuso que era Keitil, un hombre muy moreno, procedente de las llanuras como él, aunque de un lugar llamado Wick. E Isha, una mujer grande y sólida con el cabello largo,

moreno y basto recogido en una sola trenza. Los tres eran velos, homicidas encubiertos, asesinos mercenarios.

Melena Gris le lanzó una mirada a Humo, que se encogió de hombros.

—La hermandad debe de haber acudido a él —dijo el mago.

—Ya veo que has hecho progresos —le dijo Cogulla a Melena Gris.

El renegado encorvó los hombros y se abstuvo de responder. Al final habló con esfuerzo.

—No quiero la ayuda que tú das.

Cogulla agitó una mano enguantada.

—Entonces, por favor, termina con esto de un modo u otro. Si puedes.

Melena Gris posó los ojos en el brujo inmóvil.

—Tu solución es siempre la misma. No requiere pensamiento alguno…

—Algo pasa —advirtió Humo.

El brujo había echado la cabeza hacia atrás para contemplar las nubes. Levantó todavía más los brazos, en línea recta, con las manos abiertas y los dedos extendidos. Las gruesas mangas de lana de las túnicas cayeron y revelaron los tatuajes azules arremolinados, espirales y ondas que rodeaban los dos brazos, desde las manos hasta los hombros desnudos: los símbolos reunidos del Viento.

—¡No! —exclamó Kyle con un sollozo ahogado. ¡Un espíritu del Viento! ¡Tenía que serlo! Un ancestro bendito, eso afirmaban las enseñanzas de su tribu. Kyle se echó hacia delante y abrió la boca para chillar. ¿Una advertencia? ¿Un ruego?

Pero Cogulla gritó.

—¡Al suelo!

El brujo estiró los brazos en el aire, los levantó como si quisiera coger las nubes. Apretó los puños y después bajó de repente los brazos.

Una andanada de relámpagos azotó la Espuela. El aluvión pareció hundir la piedra bajo sus pies. Los hombres aullaron por todas partes, un terror auténtico les quebraba la voz. Kyle cayó cuando la roca lo empujó como si lo coceara. Los destellos continuos lo cegaron. Quedó tendido con los brazos tapándole la cabeza, gritando sin palabras y rogando que terminara.

La tormenta pasó. El trueno se estrelló y fue perdiendo fuerza por las leguas de llanuras que los rodeaban. Kyle levantó la cabeza y parpadeó. Se sentía como si le hubieran dado una paliza con unos tablones de madera. A su alrededor los guardias se iban irguiendo como podían, mareados y entre gemidos. Por increíble que fuera, Melena Gris seguía en pie. Kyle se preguntó si había algo que pudiera hacerlo caer, aunque tenía una mueca de dolor y la cara girada hacia un hombro para protegerse los ojos. Humo yacía inmóvil en el suelo. Joroba acunaba la cabeza del mago y le examinaba los ojos.

El brujo no se había movido en absoluto; permanecía allí en pie con los brazos cruzados.

Kyle se arrastró hasta Joroba.

—¿Se pondrá bien?

Joroba abofeteó la mejilla del mago.

—Eso creo. Es un tipo duro.

Kyle miró a su alrededor. Cogulla y sus dos seguidores se habían ido.

—¿Dónde están los velos?

—Haciendo su trabajo.

Kyle se irguió.

—¿A qué te refieres? ¿Qué trabajo?

El viejo saboteador señaló al brujo con una sacudida de la cabeza.

—¡No! —Kyle se puso en pie de un salto.

—¿Muchacho? —Joroba levantó la cabeza y guiñó los ojos—. ¿Qué pasa, muchacho?

—No pueden. No deben…

Joroba cogió a Kyle por el brazo.

—Ese diablo es una amenaza para todos. En parte somos responsables de que se haya despertado, así que deberíamos…

—¡No! No ha amenazado a nadie.

Joroba se limitó a sacudir la cabeza.

—Lo siento. No es así como funcionan las cosas. No podemos arriesgarnos.

Kyle se apartó de un tirón y salió tambaleándose al patio.

—¡Muchacho!

Mientras corría no podía evitar estremecerse con cada paso. Estaba seguro de que en cualquier instante un rayo lo reventaría, lo convertiría en carne calcinada. Pero no recibió ningún impacto. No destelló ningún rayo, no voló ni un solo cuadrillo de ballesta, pero Kyle también temía la justicia sumaria de la Guardia por desobediencia. Hubo gritos, las voces se confundían con los aullidos del viento. El brujo permanecía tan inmóvil como cualquiera de las otras estatuas que decoraban el patio. Había ladeado la cabeza de frente pesada como si estuviera escuchando. Como si descifrara un mensaje lejano.

Kyle saltó por encima de bancos, cruzó mosaicos de teselas blancas y rosas. En algún momento había sacado la espada, quizá no era lo más inteligente que se podía hacer mientras se cargaba contra un brujo o un posible ascendiente. Pero para envainarla debería detenerse y tampoco tenía valor para tirarla. Por algún sitio vigilaban Cogulla y sus dos velos.

—¡Oh, antiguo! —gritó a las ráfagas de viento que lo azotaban—. ¡Cuidado!

El ser descruzó los brazos. Su sonrisa sesgada se ensanchó. Cogulla apareció entonces a su espalda, fue como si saliera de la nada. Algo invisible hizo tropezar a Kyle, que cayó dando vueltas y deslizándose por la roca resbaladiza. Cogulla golpeó con un latigazo borroso de los dos brazos.

Kyle chilló, rabioso y frustrado. El mundo estalló en fragmentos de luz blanca. El chico giró en redondo mientras algo explotaba con gran estruendo. El ruido despertó ecos y los volvió a despertar, y se transformó en una carcajada aterradora que sacudió el mundo y que siguió rugiendo y rugiendo mientras Kyle giraba, caía y daba vueltas, aterrado al pensar que nunca terminaría o que en cualquier momento se haría pedazos contra las rocas.

A lo lejos, bajo el rugido, oyó a una mujer hablar en la lengua nativa de la Guardia.

—Por la sonrisa de Sombra, ¿se puede saber qué fue eso?

—No estoy seguro —respondió un hombre.

—¿Conectaste?

—Sí, por sorprendente que sea. Algo sólido. Al final, sin embargo… muy raro. Con todo, se ha ido para siempre, estoy convencido.

La mujer volvió a hablar, esa vez más cerca.

—¿Y qué hay de este?

—Está vivo. Parece que fue la espada la que se llevó la peor parte de la explosión.

Una mano, fría y húmeda, lo cogió por la barbilla y le movió la cabeza hacia detrás y adelante.

—¿Me oyes? —preguntó la mujer.

Kyle no podía contestar. Era como si hubiese perdido todo contacto con su cuerpo. Poco a poco fue cayendo la oscuridad una vez más; una oscuridad suave y mullida que ahogó su conciencia. La mujer habló otra vez, pero su voz no era más que un murmullo. Después se hizo el silencio.

El dolor lo despertó con una punzada. Una llamarada temible en la mano derecha. Se la llevó a los ojos con gesto agotado y la encontró envuelta en trapos. Frunció el ceño e intentó recordar algo.

—Vuelves a estar con nosotros, ¿eh? —preguntó una voz conocida y ronca.

Levantó poco a poco la cabeza y siseó con los estallidos de dolor punzante que le palpitaban en el cráneo. Joroba estaba sentado a su lado. Se encontraban dentro de una de las habitaciones talladas en el basalto negro. Había un guardia sentado, apoyado contra una pared más allá de Joroba. Unos trapos le envolvían la cara, asomaba un ojo castaño que lo observaba como un faro que ardiera muy lejos, en las llanuras, por la noche.

Kyle apartó la mirada y tragó saliva para mojarse la garganta.

—¿Qué, qué ha pasado?

Joroba se encogió de hombros y sacó una pipa de arcilla de una saquita del cinturón.

—Cogulla acuchilló al brujo, o ascendiente, o lo que por el culto de la Tragedia fuera. Ahí mismo cayó un bombardeo de rayos como si fuera el fin de la creación sobre el que farfullan algunas religiones y cuando paró solo permanecían en pie los velos. No quedaba ni una sola señal del cabrón. Carbonizado y hecho cenizas. Puñetera suerte que tienes de estar vivo. Pero te dejó la mano chamuscada como una perdiz hecha al fuego.

Kyle se miró los vendajes. ¿Se fue? ¿Muerto?

—¿Cómo puede ser?

Con el pulgar, Joroba fue metiendo unas hojas de roya en la cazoleta de la pipa.

—Oh, tú no conoces a Cogulla como yo. No hay nada vivo que ese no pueda matar. —Joroba se inclinó sobre él—. Les dije que habías salido corriendo para cargártelo tú. Ya sabes, hacerte un nombre y todo eso. Algo así como el Maldito Idiota de la Mano en Llamas. O cosa parecida. Ya me entiendes.

Kyle lanzó un bufido de carcajada, después se sujetó la cabeza palpitante y gimió.

—Sí, ya te entiendo. Bueno, ¿y ahora qué?

Joroba atrapó la pipa con los dientes.

—Pues ahora esperamos. El viento se está calmando. Pronto será seguro coger la cesta para bajar. Ya hemos terminado con el contrato.

—¿Lo conseguisteis?

Las pobladas cejas grises de Joroba se juntaron.

—¿Conseguir? ¿De qué hablas?

—Eclipsar lo que sea.

El viejo saboteador suspiró, se sacó la pipa de la boca y la volvió a meter en la saquita.

—Bueno, muchacho, no te pongas ahora a…

—Sabíais que había algo o alguien aquí arriba, ¿verdad? ¿Desde siempre? —Kyle se apoyó en un codo e intentó poner una rodilla en el suelo. Joroba lo sujetó por debajo del brazo y lo levantó. El muchacho se apoyó en la pared fresca y vigorizante. Se llevó la mano izquierda a la frente para que dejara de girar—. Por eso vinisteis aquí en un principio, ¿a que sí? ¿Por eso aceptasteis este contrato, aunque era una cosa rara para la Guardia?

Joroba rondó junto a Kyle por si el chico se desmayaba.

—Venga, tampoco hace falta sulfurarse. Pues claro que sospechábamos que había algo aquí arriba que merecía la pena. De otro modo habríamos tirado de largo. Siento que tú y él estuvierais los dos comprometidos con Viento.

Kyle se echó a reír. ¡Comprometidos!

—Fue mala pata —prosiguió Joroba—. Eso es todo. Bueno, los soldados ya estamos acostumbrados. La mitad de los hombres que he matado se habían jurado a Togg, igual que yo. No significa nada, muchacho.

Kyle sacudió la cabeza.

—Tú no lo entiendes. —¿Cómo podía alguien que no pertenecía a su pueblo ver que ese ser debía de ser un espíritu del Viento como poco? Y lo habían matado. Pero ¿cómo podía Cogulla, un simple mortal, matar a un espíritu? Eso era imposible.

—Bueno, quizá no lo entendamos. Nosotros solo estamos de paso por las tierras de Bael, después de todo. Es verdad. Pero sé que hay una cosa que nosotros entendemos y tú no. —Joroba señaló al oeste—. La Guardia está enzarzada en un duelo a muerte con un gran poder, muchacho. Una fuerza que sería capaz de asolar todas estas tierras para llegar a nosotros.

—Los malazanos.

—Eso mismo. Me alegro de ver que has estado prestando atención. Bueno, el poder es poder. Sabíamos que este hechicero, Shen, no era tan potente como para sacarse de la manga una tormenta así. Diablos, si está afectado el clima entero de este subcontinente. Tus propias llanuras están secas por todas las lluvias que se arrastran hasta aquí para después salir por la costa oriental. Esperábamos que fuera algo que pudiéramos utilizar en nuestra guerra contra los malditos malazanos. Pero, como viste, solo era un puñetero brujo soñando.

—¿Soñando?

—Sí. Cogulla dice que todo esto, la tormenta, la invocó y sostuvo únicamente con sus sueños. Imagínate.

Kyle estuvo a punto de abalanzarse sobre Joroba. *¡Imbéciles! ¡Habéis asesinado a un dios de mi pueblo!* Pero un dolor cegador le aporreaba el cráneo y se frotó con furia la frente con la mano buena.

—¿Estás bien, muchacho?

Kyle asintió con una sacudida.

—No me vendría mal algo de aire fresco.

Joroba lo cogió por el brazo para ayudarlo a subir por el pasillo. Fuera, tras la columnata, los guardias ganduleaban sentados en los bancos y macetas, dedicados a charlar, descansar y aceitar armas y armaduras. Joroba sentó a Kyle en el último escalón de un amplio tramo de escaleras que bajaban a un patio hundido, convertido en un estanque fétido de hojas y ramas medio podridas. Las nubes seguían amortajando la cima de la Espuela y todavía seguirían así un rato, imaginó Kyle. Pero la tormenta estaba pasando. Los truenos ya no estallaban sobre ellos ni rugían con un rumor sordo sobre las llanuras extendidas a sus pies. Unos fucilazos altos parpadeaban y se precipitaban por los cielos, saltando y destellando sin ruido.

No podía ser. ¿Cómo era posible? No lo era. Decidió que después de aquello nada podría tocarlo jamás. Pero el caso era que había pasado algo. Se estudió la mano vendada. Estaba entumecida, no notaba nada salvo un dolor constante y molesto. Debían de haber puesto algún tipo de bálsamo en ella. Observó que algún alma caritativa había envainado su talwar. Lo sacó con la mano izquierda. El cuero de la empuñadura se desprendió como corteza seca en su mano. Sacudió el material quemado y dejó la espiga chamuscada desnuda. La hoja, sin embargo, permanecía limpia y sin marcas. Los giros y torbellinos de Viento parecían danzar por toda la reluciente longitud. Kyle la giró y se detuvo un instante: el diseño recorría los dos lados de la hoja curva. No recordaba que Humo hubiera grabado ambos lados.

Se llevó la hoja fría a la frente e invocó una plegaria a Viento. Tendría que pedir que le hicieran una empuñadura nueva. Y la llamaría Tcharka. Regalo del Viento. Y jamás olvidaría lo que había pasado ese día.

—Descansa un poco —le aconsejó Joroba—. Todavía tardaremos un rato.

Kyle dejó caer la cabeza sobre el muro de piedra. Con los ojos medio cerrados vio que Acecho se agachaba junto a una columna al lado de dos guardias que no conocía; uno era extraordinariamente peludo y con unas cicatrices feroces; el otro era un hombre de más edad cuya barba estaba trenzada y atada en pequeñas colas. Los dos eran morenos como nueces y fornidos como osos, a Kyle le recordaron a los hombres de las montañas de Piedra, al oeste de sus tierras, muy lejos. El explorador lo contempló con sus ojos castaños de un brillo sorprendente mientras murmuraba con los dos hombres. Agotado, Kyle se adormeció bajo el viento débil e intermitente.

Casi al amanecer le llegó el turno a Kyle en la cesta. Otros cuatro y él se metieron mientras la construcción de madera, cáñamo y mimbre colgaba sobre un espacio abierto y vacío. Ocho guardias manejaban los brazos de hierro del cabrestante. Unas ráfagas de viento tiraban y agitaban el pelo de Kyle, que llevaba el casco bajo un brazo.

—¿Y cómo bajarán ellos? —le preguntó a un hombre que iba con él en la cesta cuando el equipo empezó a darle la primera y lenta vuelta al cabrestante.

El guardia le lanzó una mirada perezosa a los hombres del cabrestante. Una sonrisa del humor más cruel le rozó los labios.

—Pobres cabrones. Mejor ellos que nosotros. Tendrán que bajar por las cuerdas.

Se levantó el viento mientras la cesta bajaba muy cerca de los riscos desnudos. Golpeó la frágil construcción y tiró de la sobrevesta de la Guardia Carmesí de Kyle. «Nosotros», había dicho el guardia. Kyle sabía que ya era uno de ellos, pero jamás podría ser uno con ellos. Formaba parte de la hermandad, pero esa misma hermandad

había matado a algo parecido a su dios, uno de los ancestros, progenitores, guías o protectores de su pueblo, quizá incluso un avatar del propio gran padre Viento. Al fin sabía que le resultaría mucho más fácil usar el arma que llevaba al costado. Volver los ojos apagados e insensibles a la muerte y las matanzas. Hacer lo que había que hacer. Estudió a los hombres suspendidos con él sobre lo que podría ser la muerte de todos. Dos observaban las nubes del cielo, quizá en busca de indicios del tiempo que iba a hacer. Otro se asomaba al suelo, curioso quizá sobre el lugar en el que iban a desembarcar. El último había clavado los ojos en la nada. Los ojos de todos, rodeados por un empajado de arrugas, parecían apagados y vacíos. Esos eran a los que nada podía tocar. Kyle se sintió atraído por ellos, percibía que había empezado a compartir algo del mundo muerto en el que habitaban. Observó sus rostros sudorosos, llenos de cicatrices, como de cuero hervido, y sintió que el suyo también se endurecía y se convertía en esa máscara. Podía mirarlos, podía mirar a cualquiera, vivo o muerto, y no verlo.

Glosario

TÉRMINOS Y TÍTULOS

Agatii: entre los seguleh, los primeros mil guerreros, los mejores
Ascendiente: individuos de gran poder/influencia
Baraja de Dragones/los Dragones: baraja de cartas utilizadas en la adivinación y cuyas identidades no son fijas
Baya Gul: diosa seti de la adivinación y guía para los misterios del Sol
Cuadro de magos: organización malazana de magos/hechiceros/brujos, muchos de los cuales sirven en el ejército
D'ivers: orden suprema de cambiaformas
Eleint: término con el que se denomina a la ancestral raza de los dragones
Espada del Imperio/primera espada: paladín imperial, título malazano e imass
Espolones: miembros de la organización de asesinos imperiales fundada por Danzante. Cohorte y guardaespaldas de Kellanved
Hermandad: entre la Guardia Carmesí, término que denomina a sus camaradas caídos
Preboste: antiguo título quontaliano para denominar a un oficial militar, equivale en líneas generales a capitán
Primera investidura: los pertenecientes a la primera ronda de reclutamiento realizada por la Guardia Carmesí tras el juramento. Hubo una segunda y una tercera
Puño supremo: título malazano para denominar a un comandante regional o de campaña
Puño: título malazano para denominar al comandante, militar o administrativo
Seguleh: pueblo con un fiero sentimiento aislacionista que habita una isla en la costa de Genabackis
Shalmanat: protectora de Li Heng
Soldado de Luz: cargo entre la baraja de adivinación, la baraja de los Dragones
Soletaken: cambiaformas
Thel akai: primer pueblo, primogénitos de madre Tierra, ancestros de las razas thelomenia, toblakai y trell
Velos: asesinos de la Guardia Carmesí, cuyo promotor fue Cogulla en respuesta a los espolones imperiales
Vieja guardia: aquellos cuyo servicio al Imperio se remonta al emperador Kellanved

LAS SENDAS

Las sendas ancestrales
Kurald Galain: la senda ancestral de Oscuridad
Kurald Emurlahn: la senda ancestral de Sombra
Kurald Liosan: la senda ancestral de Luz
Kurald Thyrllan: otro nombre para la senda ancestral de Luz
Omtose Phellack: la senda ancestral jaghut de Hielo
Tellann: la senda ancestral imass de Fuego
Starvald Demelain: la senda eleint, la primera senda

«Los caminos» (aquellas sendas accesibles a los humanos)
D'riss: el sendero de Tierra
Denul: el sendero de la Curación
Meanas: el sendero de Sombra e Ilusión
Mockra: el sendero de Mente
Rashan: el sendero de Oscuridad
Ruse: el sendero de Mar
Sendero del Embozado: el sendero de Muerte
Serc: el sendero del Firmamento
Telas: el sendero de Fuego
Thyr: el sendero o senda de Luz

LA BARAJA DE LOS DRAGONES

Gran Casa de Vida
El Rey
La Reina (reina de los Sueños)
El Campeón
El Sacerdote
El Heraldo
El Soldado
La Tejedora

Gran Casa de Muerte
El Rey (el Embozado)
La Reina
El Caballero (antaño Dassem Ultor, ahora Baudin)
Los Magos
El Heraldo
El Soldado
La Hilandera
El Cantero
La Virgen

Gran Casa de Luz
El Rey
La Reina
El Campeón (Osseric)
El Sacerdote
El Capitán
El Soldado (Kyle)
La Costurera
El Constructor
La Doncella

Gran Casa de Oscuridad
El Rey
La Reina
El Caballero (Anomander Rake)
Los Magos
El Capitán
El Soldado
La Tejedora
El Cantero
La Esposa

Gran Casa de Sombra
El Rey (Tronosombrío/Ammanas)
La Reina
El Asesino (la Cuerda/Cotillion)
Los Magos
Los Mastines

Gran Casa de Cadenas
El Rey Encadenado (Despellejador)
La Consorte (Poliel)
El Saqueador (Kallor)
El Caballero (el toblakai)
Los Siete de los Fuegos Muertos (los Desencadenados)
El Tullido
El Leproso
El Tonto

Neutrales
Oponn
El Obelisco (Ascua)
La Corona
El Cetro
El Orbe

El Trono
La Cadena
Señor de la Baraja (Ganoes Paran)

RAZAS ANCESTRALES

Barghastianos: pueblo nómada de pastores, no humanos
Eleint: la raza ancestral de los dragones
Eres/Eres'al: antigua raza que se cree legendaria
Forkrul assail: antigua raza no humana que se cree extinta
Jaghut: antigua raza no humana que se cree extinta
K'chain che'malle: antigua raza no humana que se cree extinta
T'lan imass: antigua raza no humana que se cree extinta
Teblor: pueblo nómada de pastores, no humanos
Thel akai: un pueblo olvidado, progenitores de los thelomenios, los toblakai, los teblor y quizá los barghastianos
Thelomen toblakai: pueblo nómada de pastores, no humanos
Tiste andii: hijos de Oscuridad
Tiste edur: hijos de Sombra
Tiste liosan: hijos de Luz
Trell: pueblo nómada de pastores, no humanos

Nota sobre el autor

Ian Cameron Esslemont creció en Winnipeg, en Manitoba, Canadá. Estudió Arqueología y Escritura Creativa. Viajó y trabajó durante años en Asia y actualmente reside en Alaska.

El imaginario de Malaz surgió de las mentes de **Steven Erikson** y de Ian Cameron Esslemont. Idearon ese mundo, en un principio, para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó la primera historia de Malaz en un guión, pero no cuajó. En 1999 publica el primer libro de una larga serie, *Los jardines de la Luna.*

No fue hasta 2004 cuando llegó la primera novela de Esslemont relacionada con este mismo universo malazano. Se trata de *La noche de los cuchillos.* A esta le sucedió *El regreso de la Guardia Carmesí, Stonewielder, Orb, Sceptre, Throne* y *Blood and Bone.* Esslemont planea publicar otras dos obras más sobre Malaz.

Bibliografía de Ian C. Esslemont

Malaz: el Imperio

2004 — Night of Knives

——— *La noche de los cuchillos,* La Factoría de Ideas, Fantasía n.º 89, 2012

2008 — Return of the Crimson Guard

——— *El regreso de la Guardia Carmesí,* La Factoría de Ideas, Fantasía n.º 94, 2013

2010 — Stonewielder

——— Próximamente en La Factoría de Ideas

2011 — Orb, Sceptre, Throne

2012 — Blood and Bone